

Andrés Rivera Hernández

Las voces del mar



---

# Las voces del mar

# Las voces del mar

© 2019, Andrés Rivera Hernández  
Todos los derechos reservados.  
andrivher@hotmail.com

Cubierta: *The Burning of the Houses of Parliament* / J.M.W. Turner  
Cleveland Museum of Art

ISBN: 9781072387343

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A mis padres: Álvaro y Mary.*

*A mis hermanos: Juanita, Álvaro José, Catalina, Marcela y Natalia.*

*A mi Ana, por tantas horas de lectura en voz alta.*



*Cada guerra es una destrucción del espíritu Humano.*

HENRY MILLER

*Los ángeles y los marineros gozan de la misma  
condición: el viento los lleva y el viento los trae.*

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO



El pueblo de Milfuegos se construyó de a poquitos bajo el mandato del general Rafael Augusto Carrillo, desertor de guerra, sordo a los lineamientos propuestos por los próceres de la patria, obstinado en fundar una república independiente. Con la ayuda de un puñado de soldados erigió el cuartel general para mandar los destinos de su reino. El resto se hizo por inercia y en desorden, como un rompecabezas que nunca se completó, inconcluso en medio de la canícula, expuesto sin remedio a veranos eternos que herían la tierra con grietas profundas de sed. «¡Al carajo con Santander y Bolívar!», vociferó el militar rebelde cuando partió con su pequeño ejército. «¡Milfuegos! ¡No puede haber un nombre mejor para este paraje!», dijo sin vacilar. Sin pedir permiso fundó una provincia independiente de la cual se autoproclamó gobernador y en la que promulgó leyes y firmó decretos de Estado. «¡Acá todo va a ser diferente!», les prometió a sus hombres. «¿De qué iban a vivir?»: la pregunta rondaba en la mente de sus seguidores, fieles como perros al jefe supremo, obnubilados por sus promesas. Musitaban la pregunta en voz baja porque le tenían miedo y porque sabían que no le temblaría el pulso para ejecutarlos. El general les contestó con palas, con una recua de mulas y con una docena de bateas: «¡Viviremos del oro, muchachos! ¡Este lugar huele a ese polvo bendito, lo percibo en la punta de la nariz! ¡Será la provincia más rica del mundo!», les aseguró. Estaba más loco que una cabra porque en Milfuegos no había oro, ni tesoros escondidos, únicamente un calor infernal y la certeza que sería el último lugar del mundo en donde lo encontrarían para juzgarlo por traición a la patria. Los hombres se amañaron como bestias y se aferraron al lugar como si fuera un manto sagrado. Nadie se atrevió a abandonarlo después de que enterraron al soldado Parmenio, el primer muerto de Milfuegos. Así nació el cementerio y la parroquia, porque el general secuestró a un cura para darle santa sepultura. Se lo trajo con el cañón del revólver apuntándole directo al corazón: «¡Un pueblo sin cura no es pueblo!», lo espetó, mientras lo obligó a montar una mula. El sacerdote fue parte importante del rompecabezas: ya estaban la Calle Real, el cementerio, el cuartel general, la parroquia y un puñado de casas levantadas con esfuerzo. Sólo faltaban los niños. El viento corrió la voz sobre ríos de oro que bañaban las riberas del naciente pueblo, lo que atrajo a una veintena de prostitutas. Llegaron con la ilusión de forrar sus bolsillos a cambio de calmar la sed de los mineros. No tardaron mucho en darse cuenta de la terrible equivocación porque sólo encontraron polvo, caras sucias y un lugar al mejor estilo *Far West*. No pudieron devolverse porque el general les asignó a sus soldados como esposos: «¡Un pueblo sin niños no es pueblo; de acá sólo salen muertas!», las amenazó. En menos de lo que canta un gallo

sus vientres quedaron preñados de la primera generación de milfueguinos. Se sometieron a las leyes *ad libitum* dictadas por el gobernador y general Rafael Augusto Carrillo y quedaron atrapadas para siempre en la telaraña de un destino caluroso, unidas por vínculos de sangre a esa tierra árida que les caló los huesos. Con el tiempo, el pueblo se volvió ruta obligada para forasteros y hombres de negocios. El militar rebelde ordenó construir garitas a la entrada y a la salida del valle desértico, custodiadas con los escasos pertrechos con que contaba.

«¡Sólo Dios sabe por qué existe este lugar!», se consolaba Verana Cifuentes cuando atravesaba la calle Rafael Augusto Carrillo, bautizada así en honor al general. Verana insistía para que sus hijos fueran a la escuela: «¡Es la única forma de surgir en la vida!», le explicaba a Misael Cuartas, su esposo, un hombre cabizbajo, corto de estatura y grueso de tronco. Él era partidario de que las mujeres debían ayudar en los oficios de la casa y los varones, como él mismo tuvo que hacerlo desde pequeño, en las labores de labranza: «¡El azadón y el machete son suficientes para ganarse la vida!», le contestaba a su mujer. Sus argumentos estaban escritos en los callos de sus manos y en su piel de indio, curtida por el sol: «¡No quiero oír más esa cantaleta; no quiero que les meta ideas raras en la cabeza a los muchachos!», escupió sus palabras como un veredicto final. Verana no se dio por vencida y se valió de las influencias del cura Serafino. El pastor de almas le halló la razón por lo que llamó sin vacilar a Misael. Lo regañó porque las malas lenguas decían que los Cuartas Cifuentes no iban a la escuela y que parecían bestias salvajes a las que había que domesticar. «Mire Misael, no estudiar es un pecado, Dios quiere que todos aprendan a leer y a escribir. Negar ese derecho a los hijos no se le puede perdonar a ningún padre, es la única forma de progresar», lo adoctrinó. Le habló como lo hacía cuando se encaramaba en el púlpito para pronunciar el sermón de los domingos, acompasando las palabras con el movimiento de sus manos. Se veía más bajito y viejo cuando se le tenía enfrente porque la barriga le abombaba la sotana y tenía una calvicie prematura que le daba un aire respetable. Al sonreír mostraba una dentadura impecable que generaba desconfianza: «¡Es de mentiras!», se atrevían a apostar los niños de Milfuegos. «Este pueblo no debe seguir sumido en la ignorancia. Para usted mismo puede ser bueno que sus hijos aprendan y se preparen para ayudarlo», recitó su discurso con impaciencia porque pensaba en las delicias del almuerzo. Las feligresas lo tenían consentido ya que no faltaban los postres que le llevaban de regalo, el pan recién horneado de la mañana y las mejores gallinas, engordadas especialmente para él. «¡Desde mañana mismo quiero ver a los más grandecitos en la escuela; que no se hable más del asunto! ¡Ya todo está convenido con la maestra Velasco!», le dijo para terminar, antes de dar media vuelta rumbo al comedor parroquial. Misael no sospechó de su esposa, más bien pensó que la queja la había interpuesto la maestra. No se atrevió a contradecir la orden del representante de Dios en la tierra y vio de mala gana cómo sus hijos partieron limpios y con la ropa remendada a la escuela municipal.

La maestra Dolores se refugiaba bajo su sombrilla cuando caminaba hacia su casa. Ocupaba una vivienda humilde como las otras, de paredes gruesas blanqueadas con cal, techo de paja y ventanas pequeñas. Era difícil creer que se hubiera amañado en un pueblo perdido en el mapa. A leguas se veía que desentonaba con el resto de paisanos por su lenguaje pausado

y preciso de académica, así como por la falda larga y las camisas cerradas hasta el cuello que vestía. Parecía más una religiosa que otra cosa, inmune al calor porque nunca se le veía ni una gota de sudor en la frente. La madre de Lorenzo confiaba en ella y la buscaba cuando necesitaba algún consejo: «es lo mejor que le ha pasado a este pueblo», pensaba para sí. Dolores había llegado a Milfuegos por voluntad propia, algo que afirmaba con orgullo: «¡Por el placer de enseñar, Verana! Quiero sembrar semillas para que algún día germinen». La maestra le había tomado aprecio a Lorenzo, el hijo mayor de Verana. «¡El mundo es mucho más que este valle desértico!», les repetía a sus alumnos en el salón de clases; «¡tienen que arriesgarse y comprobarlo por ustedes mismos!». Los ojos oscuros de Lorenzo no la despintaban, mientras descubría el mundo gracias a los libros que le prestaba.

«¿Por qué la bautizaron Verana, mamá?», le preguntó Lorenzo. «Mi hijo parece una máquina que quiere saberlo todo, a veces no tengo paciencia con él», le confesaba Verana a la maestra. «Es bueno que pregunte, él es diferente a la mayoría, le va a ir bien en la vida», la tranquilizaba Dolores. Verana tenía pegado a la piel el recuerdo de tanto sacrificio, sirviendo a diferentes patronos desde niña, refundida entre la pobreza y el calor que todo lo secaba. Había nacido en el peor de los veranos, motivo suficiente en la mente simple de su padre para que dijera que lo que pariera su esposa llevaría el nombre de esa estación maldita. «Por eso me pusieron así, hijo», conocía la respuesta de memoria. Su padre alegaba que era una doble desgracia; no sólo faltaba la lluvia desde hacía meses, sino que, para completar, su mujer había parido una hembra en lugar de un varón. La mandó a bautizar Verana como un castigo y como un presagio que nunca se cumplió porque no vivió lo suficiente para saber que la esterilidad de la tierra no tuvo eco en el vientre fértil de su hija que ya completaba ocho críos. Después de Lorenzo había parido a Tránsito, luego a María del Socorro, que en paz descansa, porque había muerto a los dos meses. «Se la llevó la difteria», le explicó Verana a Lorenzo cuando quiso saber por la pequeña cruz con los apellidos Cuartas Cifuentes plantada en el cementerio. Siguió Benedicto, un brazo más para blandir el machete. Un año después nació Gerardo y, sin dar respiro, Genoveva. El penúltimo fue Horacio, todos sanos, con los cachetes tostados por el sol y los mocos secos en el borde de sus narices. Para cerrar la cuenta y como un consuelo, nació María del Carmen. «¡Igualita a la mamá!», dijeron las comadres cuando desfilaron para conocerla, entre el olor a bollos de mazorca y gallina cocinada la víspera para darle la bienvenida.

Cuando Lorenzo llegó al mundo, sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos habían sabido resistir los avatares de un sinfín de guerras civiles sin sentido. Desde aquellas épocas de pólvora y sangre, la incertidumbre palpitaba como un mal presagio en el corazón de los habitantes de Milfuegos. «El general Carrillo protegía a liberales y conservadores, según la marea. Sus hombres cambiaban el azadón por los fusiles para irse con el bando que mandara el general, aquel que le brindara más garantías. Era la única forma de subsistir para que no lo ahorcaran por apátrida», les explicaba Dolores a sus alumnos. Al comienzo, los funcionarios del gobierno central se hicieron los miopes y lo dejaron hacer y deshacer a su antojo. Milfuegos estaba peor que un punto en la nada ya que ni siquiera figuraba en los mapas locales. Era mejor tener al general aislado, como una figura quiijotesca e inofensiva para

burlarse en los cocteles: «No vale la pena gastar pólvora en gallinazos, honorable Representante. No tiene sentido pensar en enviar un destacamento para reducirlo, honorable Senador», susurraban los políticos en los corredores del capitolio. El mismo argumento se repitió de boca en boca durante varios mandatos hasta que tuvo su final: «¡Las mentiras no duran eternamente, señores! ¡El caso del general es un pésimo ejemplo para la nación!», el argumento se impuso en el Senado, a sabiendas de que Rafael Augusto Carrillo se había convertido en un mito viviente. Las órdenes no se hicieron esperar y un destacamento de caballería se tomó por asalto las garitas del pueblo durante la noche. En la madrugada, cuando el general se asomó por la ventana para pasar revista, encontró a sus hombres desarmados, alineados en calzoncillos y con la derrota escrita en sus caras. Todos sin excepción firmaron su rendición y negociaron su libertad: «¡Lo sentimos, mi general! ¡Tenemos esposas e hijos, hasta un pedazo de tierra que mal que bien nos da para sobrevivir!», se justificaron. El general pidió a sus enemigos que lo mataran, pero se quedó con las ganas porque la orden de las fuerzas gobiernistas era perentoria: «¡Lo queremos vivo y coleando porque los muertos en combate se vuelven héroes inmortales!». «Rafael Augusto Carrillo ya había vivido más de la cuenta cuando lo fusilaron por traidor», les explicó Dolores a sus alumnos. Les mostró un daguerrotipo que reposaba en los archivos del municipio, el único testimonio que daba fe de la leyenda del general. En la foto aparecía retratado un hombre altivo, de cejas gruesas, con un monóculo puesto en su ojo derecho, tenía un bigote largo y bien peinado y una barba jacobina que le tapizaba la parte alta de la guerrera. «Lo ejecutaron en la plaza central, como escarmiento para quien osara seguir su ejemplo», les explicó a sus alumnos. Antes de morir, el general gritó tres vivas por Milfuegos, su máxima creación, la que fue incorporada al municipio. El alcalde militar encargado rebautizó la Calle Real con el nombre del general como un contentillo para evitar cualquier revuelta. Desde su ajusticiamiento, el pueblo no mostró mayor progreso. Parecía suspendido en el tiempo, indiferente al cambio de siglo, dependiente de una agricultura incipiente y tímida, explotada por campesinos de poca visión, concentrados en la cría de bestias y en tener lo justo en sus bolsillos para tomar cerveza y apostar a los gallos los domingos, excluidos de las dádivas del gobierno central que beneficiaba a otros municipios, puntos de mira del desarrollo, decisivos en épocas electorales. «¡Por eso es importante que sumercé se esfuerce!», le repetía Verana a su hijo mayor; «¡para que sea alguien en la vida!».

De los siete hijos, Lorenzo fue el único que aprendió a leer y a escribir. Perseveró en la escuela bajo la tutela implacable de Dolores, como su sombra fiel, atento a sus enseñanzas. En las tardes, luego de abrir surcos y sudar como una bestia, se bañaba en la quebrada y se sentaba frente al tablón de la cocina con un lápiz en la mano. En las noches, alumbrado por una vela, devoraba los libros que la maestra le prestaba. Misael no veía con buenos ojos sus inclinaciones: «¡Tantas cucarachas metidas en la cabeza lo van a volver un inútil!», se quejaba; «además, se va a bizquear por vivir pegado como una ladilla a los libros». Verana escuchaba las maldiciones de su esposo sin desarmarle el mal humor. «Los hombres son como niños», pensaba, segura de que eran rabietas pasajeras a las que no había que prestarles mayor atención.

Cuando Lorenzo cumplió nueve años, Verana lo llevó a donde Teresa Chinchillá, la pitonisa y partera del pueblo. Doña Tere se acomodaba sin reparo frente a las parturientas, les tarareaba una canción sin tiempo y les frotaba aceite de eucalipto en la frente y las sienes sudorosas. Con el tacto de sus dedos leía y corregía la posición de las nalgas y del torso de los fetos para que coronaran sin problema. Así como recibía a los recién nacidos, predecía el sexo de las crías de corral y las asistía cuando se atrancaban en las caderas al momento del alumbramiento. La mujer llevaba quince años asentada en el corregimiento y su pasado era un misterio. Cuando Verana entró con su hijo, doña Tere tomó las manos del pequeño entre las suyas. Luego de un silencio yerto habló por entre un par de dientes desportillados: «Este niño no es de acá. Va a partir pronto. Le va a ir bien pero no va a vivir lo suficiente para contarlo». La pitonisa le aconsejó bañarlo con el jugo de veinticinco limones como conjuro contra una muerte prematura. Desde que la pitonisa dijo lo que dijo, Verana le rezaba y le prendía cirios al Señor Crucificado a cambio de que alargara la línea de vida en la mano de su hijo. Se obsesionó tanto que su marido se quejó: «¡Las cosas no se arreglan a punta de tanta rezadera!», le dijo, cansado de escuchar sus letanías de monja. El cura Serafino fue quien finalmente le apaciguó el alma. Le aseguró que la muerte de los hombres no estaba escrita en el cuerpo, sino que dependía de la voluntad divina. Remató diciéndole que era una herejía que visitara y le creyera a una cualquiera. Le enseñó a Verana una oración sencilla para proteger a su hijo de cualquier tragedia y le encimó un escapulario bendecido en Roma. Verana recobró la calma y volvió a concentrarse en los afanes de lavar canastadas de ropa, cocinar para una familia numerosa y estar disponible para las urgencias de hombre de Misael.

Dolores convenció a Verana para que intercediera ante su esposo por Lorenzo. Le hizo saber que, de tanto insistir frente al rector del colegio de Santo Domingo, le habían concedido una beca al mejor de sus estudiantes. Misael se opuso por varias semanas a las súplicas de su mujer. Argumentaba que ya había sido suficiente con que sus hijos mayores hubieran desfilado como patos por la escuela para perder el tiempo porque, a excepción de Lorenzo, todos la habían abandonado. Terminó por acceder ya que en sus cálculos de campesino entendió que la cuota de tres varones, sin Lorenzo, era más que suficiente para las necesidades del momento. Dentro de su misma matemática supo que sería una boca menos para alimentar.

Los domingos, después de misa, Lorenzo se iba de pesca con su hermano Benedicto. «¡Me quiero largar de este infierno!», le confesó Benedicto en una de las salidas. «¡Los que se van de Milfuegos nunca regresan!», le contestó Lorenzo, quien templó la caña de bambú para ver si había atrapado algo. «¡Usted tiene vara con la profesora Velasco! ¡Gracias a ella se va a estudiar a la capital! ¿Por qué usted no es como el resto de nosotros si tenemos la misma sangre? ¡Además, se está volviendo un sabelotodo que ya no tiene tiempo para nada!». Lorenzo sabía que ya no ayudaba como antes y que a su hermano le tocaba más duro. «Regrese a la escuela Benedicto, es importante», le insistió. «Lo mío es otra cosa», le contestó su hermano, sin decir nada más. «¡Nuestro taita es un bruto por no haber estudiado!», le aseguró Lorenzo sin remordimiento. «¡No más que los otros!», lo defendió Benedicto; «¡a usted lo prefiere Verana!», añadió. «¡Y a usted nuestro padre!», le contestó

su hermano. A los doce años, Lorenzo se fue de Milfuegos. Partió con un atado al hombro, amparado por las bendiciones de Verana, con el escapulario del cura Serafino colgado de su cuello y con el abrazo de Dolores. Benedicto sintió el corazón arrugado y apretó los ojos para que no lo delataran: «¡Tenga hermano; espero que esto le traiga suerte en la vida!», le regaló la navaja con la que se perdía entre los matorrales para afilar flechas de bambú y matar sapos. Las iniciales de Benedicto estaban talladas en la cacha de nácar. Desde un bus de escalera destartado Lorenzo vio desaparecer de a poquitos el caserío de una sola calle fundado por el general Rafael Augusto Carrillo.